

Cuando abrí el paquete sin saber quién me lo enviaba descubrí una plumita de chon chon. Repentinamente me sentí incómoda, nerviosa e insegura. Sabía que me traería mala suerte y le temí a mi futuro.

Empecé a estar muy ansiosa, esperando siempre que pasara algo malo, y cada día de esa semana recibí otro paquete: el segundo día había dos plumas de chon chon, el tercer día había tres, el cuarto cuatro y así sucesivamente. No sabía quién me los enviaba pero cada vez me ponía más nerviosa. Quién me enviaría estas plumas de mal agüero? Quién sería y qué quería de mí? Al tercer día dejé de ir al trabajo. Dejé de salir de casa. Cerré la puerta con llave y me quedé asustada, temiendo todo. Las horas parecían durar días. No sabía qué esperar...

El séptimo día, en lugar de haber siete plumas no había nada en el paquete, sólo una cruz hecha de madera. Al verla tuve escalofríos pues podía sentir la presencia de algo o de alguien. Levanté la mirada y vi el fantasma de mi padre que había muerto hacía seis años.

Mientras lo miraba asombrada él me tomó la mano, sin decirme nada, y empezó a dirigirme contra mi voluntad hacia un pasillo. Entonces entendí muy bien lo que pasaba y tuve mucho miedo y comencé a llorar y a gritar.

Al llegar a la entrada del pasillo se abrió un vacío y me caí en la oscuridad infinita...

EMILY DOGIL

Estudiante de Georgetown University, USA.

## Endimión y la luna

Por MARIA DE LOS ANGELES FASCE

La Prensa, 30/IV/1989.

Endimión dormía como un gran árbol rubio y solo cayó a la entrada de la caverna. Dormía con su sueño adherido a la tierra junto con su cuerpo.

No hacía frío, pero temblaba a veces, o se estremecía como una hoja al viento.

"Es hermoso", pensaba la luna mirando al pastor; y algunas noches su cara se volvía casi transparente de tanto mirarlo, su cara pálida y redonda era casi una circunferencia, con los ojos volcados hacia la tierra para caer sobre el cuerpo dorado.

Algunas noches cambiaba incluso su curso para no perderlo de vista, y descendía tanto que quienes la observaban cotidianamente a través de largos tubos de vidrio y hacían cálculos infinitos con sus pasos misteriosos llegaron a alarmarse.

"Es hermoso", pensaba la luna arrodillada sobre un árbol, envidiando las ovejas que vagaban tan cerca de Endimión, casi acariciadas por su perfume de hombre. Y su cara enamorada se adelgazaba a veces demasiado entre suspiros, desordenando el cosmos...

Los dioses la acosaban en el silen-

cio de la noche para que se uniese a ellos como antes, en la cima de las montañas, ante la mirada escandalizada de las castas estrellas. Le gritaban su amor entre las nubes al verla tan bella con su tristeza clara y misteriosa, con su camión de espuma...

Ella desoía los llamados y permanecía sola y callada, dando vueltas lentamente por el cielo, pensando cómo llegar a esos largos brazos de tierra.

Era verano, y las noches se abreviaban angustiosamente; Eos y el Sol le reprochaban que se demorase más de lo debido. Ella no decía nada y huía entonces con su secreto, huía en su caballo blanco, y algunas rosas blancas florecían con la voz de sus lágrimas.

El día le parecía infinitamente largo y oscuro. No dormía y vagaba como un fantasma triste esperando la llegada de la noche a las aguas, tratando de adivinar el color de sus ojos bajo el sol. Luego ascendía feliz de entre las olas, procurando que la espuma escondiera sus ojeras de sombra.

Vio nuevamente el cuerpo soñado, y esta vez llegó hasta él rodando por escaleras invisibles, y prolongó la

noche en un abrazo blanco sobre la piel tibia y trémula.

Cuando debió partir, abandonó sobre la boca atónita un beso increíblemente claro.

Despertó Endimión entre pétalos de luz, la vio alejarse sintiendo en sus labios de hombre un frío extraño, delicioso y desconocido.

Quizás porque llegaba de sus sueños y lo imposible no se distinguía aún de lo real, quizás porque no era demasiado humano, Endimión lo comprendió todo.

En la mañana la buscó desesperado entre las nubes, y a la caída del sol se tendió nuevamente en la tierra para verla llegar... Y ella llegó puntualmente, como una mujer enamorada, a pintar el cuerpo tibio con sus dulces besos de nácar.

Su amor iluminaba la tierra, y desesperaba a los dioses, y a los hombres, que predecían catástrofes al ver las noches incomprensiblemente oscuras.

Pasó el verano y la luna volvió a esconderse tras las montañas.

Una mañana las ovejas encontraron sólo un puñado de sal a la entrada de la caverna.

Nadie más volvió a ver a Endimión.